

Obras intraducibles.

Dos dramas estrenados en París con pocos días de diferencia, *Almas enemigas*, de Loyson, y *En rehenes*, de Trarieux, plantean el mismo problema moral: la lucha entre marido y mujer por influir cada uno en el espíritu de los hijos y hacerlos más suyos por obra espiritual que por obra de la carne que los engendrara.

Strinberg, en su famoso drama *Padre*, plantea también el mismo problema; pero con una parcialidad de misógino que, si acrecienta la emoción dramática, disminuye el valor ideológico.

Cierto que en la obra dramática, con ser donde más puede desaparecer detrás de sus personajes, es donde peor sienta al autor y donde menos le agradece el público esa olímpica impassibilidad, cima excelsa del Arte, por lo mismo inaccesible á la multitud.

El público quiere ver al autor detrás y dentro y aun por encima de su obra; la ecuanimidad, por artística que sea, no le convence.

En las dos obras citadas, lo mismo que en la de Strinberg, los autores respectivos no se han esforzado por parecer imparciales; pronto se advierte de qué lado cae el autor, que suele ser de donde cae la obra, cuando público y autor no están de acuerdo en el golpe final.

El público más interesado por los términos de un problema, al llegar á la solución, si ésta no es la más conforme con su pensar y sentir, protesta como un solo hombre. Si el autor, para evitar este peligro, escamotea la solución, ajustándose á la realidad, que pocas veces ofrece soluciones generales y definitivas, el público también se llama á engaño; no se contenta con el trasteo lucido, quiere la estocada en corto y por derecho. De donde se deduce que en el teatro lo mejor de los problemas es no plantearlos, ni resolverlos, ni preocuparse por ellos, porque si autor y público están de acuerdo; no vale la pena de molestar, y si no lo están, por mucha razón que el autor tenga y mucho talento que malogre para sostenerla, no han de entenderse nunca.

En España, por ejemplo, ¿á quién puede interesar el asunto de esas dos obras, *Almas enemigas* y *En rehenes*?

Como no suele interesar ningún problema religioso si no va acompañado de su chinchín político de actualidad.

Pocos serán entre nosotros los matrimonios desavenidos por la educación de los hijos, y mucho menos por la parte espiritual de esa educación.

Mucho se equivocan los que juzgan á nuestro país intolerante y fanático, cuando en parte alguna, en la vida social, en la familiar, en la política, alternan, se conllevan y hasta se cultivan mutuamente las más opuestas ideas.

Sólo á las horas de repartir la escasa comida suele alborotarse el gallinero, y entonces tal vez se cacarea de ideas, porque sería de mal gusto cacarear por los alimentos. Pero por lo demás. ¿No hemos visto á señores de eminentes hombres públicos liberales ponerlos en evidencia y desautorizarlos del modo más ridículo cuando la ley de Asociaciones? ¿No son muchos los liberales que entregan sus hijos á los jesuitas, importándoles menos hallarse en casa con un hijo adulterino espiritual que les importara, de seguro, uno de maternal adulterio?

¿No vemos á todas horas cómo se piropean liberales y reaccionarios quizás con mejor voluntad que entre sí mismos?

Por eso no aconsejamos á los traductores, á pesar de que las obras españolas valen tan poco y no se comprende como hay empresarios que las representan, que nos traigan á España esas dos obras estrenadas en París.

Un matrimonio que se disgusta por si los hijos han de creer en esto ó en lo otro ó han de pensar como la madre ó como el padre. ¡Valiente problema!

¿Para qué están los colegios de jesuitas para los muchachos y los Sagrados Corazones para las niñas sino para ahorrar á los padres esos quebraderos de cabeza?

Allí se reúne en sabia educación todo lo que puede halagar á un padre y á una madre en lo temporal y en lo eterno. De allí pueden salir las hijas capaces de ser á la vez duquesas y santas, sin que nunca les falte, para ilustrar su vida, un párrafo en las «Crónicas de sociedad» y otro en *La Semana Católica* ó *El Mensajero*. De allí saldrán los hijos ministros y, si no santos del todo, por lo menos beatos de los más milagrosos.

Y á ver si hay padres que consideren un conflicto la educación de los hijos, cuando cada uno, según sus gustos, puede verlos glo-

rificados, así en la tierra como en el cielo, lo mismo en el *Diario de las Sesiones*, que en las «Crónicas de sociedad», que en *La Semana Católica*, por lo presente, y en *El Año cristiano*, por lo futuro y eterno. *Amén.*

EL PÚBLICO DE LOS ESTRENOS

En una de mis comedias dije que los autores juzgaban del público como los jugadores de las casas de juego: círculo cuando se gana y timba cuando se pierde. El público es inteligente, culto, el público siempre tiene razón cuando nos aplaude sin reservas; el público no entiende de nada, el público es inculto en sus manifestaciones, el público lleva mal vino cuando rechaza de plano una obra con ruidosas protestas, ó cuando se aburre silencioso, ó cuando, complacido á ratos, no entra de lleno en la obra.

En tan diversos juicios, claro está que entra como factor principal el estómago agradecido ó castigado, ó, digámoslo de modo más espiritual, su vanidad satisfecha ó contrariada.

Sólo cuando de obras ajenas se trata podemos juzgar desapasionados (si la envidia no

anda por medio) de la justicia ó injusticia del público en sus fallos.

La obra dramática, en ello está su mayor seducción, ofrece á los autores un triunfo rápido, inmediato en los aciertos; pero á veces también basta una escena, una situación, una frase, para que la obra sea rechazada. Pensemos cuál hubiese sido la suerte de muchas novelas, de muchos libros, si, como en el teatro, uno ó dos capítulos bastaran para destruir el buen efecto producido por los restantes.

¡Si entre los lectores se estableciera la costumbre, al llegar á un pasaje desagradable en su lectura, de llamar al autor por teléfono y lanzar un estridente silbido ó dar unos acom-pasados golpecitos á modo de pateo!... Pero el autor de libros coge á los lectores que forman su público uno á uno, y así cualquiera puede con ellos.

Yo no dejo de creer que el teatro sea género inferior; pero ¡ay, si muchos libros fueran comedias, cuántos escritores no presumirían de superiores!

En el teatro no es la inteligencia del espectador, sino el sentimiento, lo que decide del éxito. La inteligencia puede admirar ideas antipáticas á nuestras ideas; el sentimiento sólo se emociona por simpatía. Por eso la obra dramática ha de vencer sin razonar; co-

mo en el verdadero amor, *le coup de foudre* decide de su suerte.

Pero si el verdadero público, el público que la gente de teatro llama sano, no ofrece la menor resistencia á dejarse llevar del sentimiento, el público especial de los estrenos no ofrece las mismas facilidades.

En primer lugar, dominan en él los literatos; presentar una obra literaria para ser juzgada por literatos es como ofrecer una comida á cocineros. La impresión general sólo llegará á ellos desmenuzada en pequeñas impresiones, como al paladar de los cocineros el sabor analizando sabores.

«En la salsa de este guiso hay almendra», dirán. «No; yo creo que es nuez moscada». «Ahora me parece que hay algo de comino», y así pasarán la comida, más atentos á los componentes que á la substancia.

Esto en los más desinteresados, no digamos los buenos amigos y compañeros en arte, con *restaurant* ó bodegón enfrente; á esos les ha de parecer todo desabrido.

Queda otra parte del público, que no es el habitual público aficionado al teatro por el teatro, sino al teatro por el estreno; público que busca ante todo emociones, como en la plaza de toros. Por eso acuden á los estrenos tantas señoras. La mujer es gran perseguido-

ra de emociones y, por lo tanto, de peligros. He notado que en las de D. Tancredo hay siempre mayor concurrencia de mujeres que en otras fiestas taurinas. El corazón femenino está lleno de delicadezas; busca siempre ocasión de compadecer. Un ¡pobrecillo! de sus labios basta á compensar de una cogida al lidiador, al autor de un fracaso.

Ellas son las que contienen muchas veces las protestas airadas de los hombres con miradas que imploran compasión. ¡Cuántas veces sus manos amorosas detuvieron en la plaza la naranja destinada al torero: en el teatro, el bastón dedicado al autor!

¿Queréis conocer mejor al público de los estrenos? Observadle á la salida. Si le veis animado, parlanchín, retrasando las despedidas entre charloteo y risotadas y comentarios, «¡Mira que cuando sale aquel y dice aquello! ¡Y cuando llega la otra y le suelta lo de más allá! ¡Qué gracioso! ¡Qué divertido!...», tened por seguro que la obra no ha gustado.

En cambio, si le veis presuroso, displicente, que sólo dice: «¡Vaya una horita de terminar la función! ¡Valiente frío se ha levantado!... ¿Qué te ha parecido? No está mal, ¿verdad?», y esto casi con pena... No dudéis, la obra ha tenido un buen éxito.

El autor tiene otro síntoma más seguro que observar. Si al salir del teatro los empleados y acomodadores se precipitan, gorra en mano, á franquearle puertas y separarle obstáculos, la obra dará dinero; si á su paso todos se esquivan y sólo refunfunan unas buenas noches, obra muerta. Porque el fallo de este público, regocijado, si tuvo de qué protestar; contrariado, si se vió comprometido á aplaudir, no admite revisión.

Á la noche siguiente, otras personas distintas, que formarán un público distinto, pensarán de la misma manera...

Sólo algunas buenas gentes que no leen periódicos, que no van á sociedad, que no tienen amigos literatos ni entre la gente del teatro se permiten alguna vez opinar por su cuenta... Son los que dicen ante el éxito triunfal: «¡No es para tanto!» Son los que dicen de una obra tal vez rechazada: «¡Qué bonita comedia!» Y estas buenas gentes son quizás las que anticipan, sin saberlo, el juicio de la posteridad.

El Teatro español en Buenos Aires

Todavía, á pesar del cosmopolitismo de esta gran ciudad, es el Teatro español el preferido por su público, y si algún tiempo parecía postergado, hoy, después de muchas comparaciones con los más notables actores extranjeros y las más célebres obras de sus repertorios respectivos, nuestros actores y nuestras obras han sostenido sin desventaja la comparación y han logrado imponerse por sus propios méritos.

A tal punto, que al público le desagrada que las compañías españolas representen traducciones.—He aquí explicado el motivo de que nuestros actores, que con tanta frecuencia van ahora á Buenos Aires, se den con más entusiasmo que nunca á preferir las traducciones.—¡Siempre tan oportunos y tan enterados de los gustos del público en todas partes!

Cuanto en Buenos Aires constituye lo que se llama sociedad prefiere también para sus abonos selectos á las compañías españolas, porque sabe que su repertorio ofrece mayores garantías de moralidad. Va filtrado por nuestros sábados blancos. Como, en honor de la verdad, las señoras de la sociedad en Buenos Aires son muy señoras y las señoritas muy señoritas, ni molestan, ni extrañan en ellas estos reparos. Aquí, la verdad, molestan algunas veces, porque cuando oye uno hablar en *caló* á distinguidas señoritas, y comentar con el mayor desparpajo el *potin* del día, y arriesgar juegos de palabras de un gusto dudoso, no las concede uno beligerancia en puntos de moralidad escénica. El autor que se atreviera á trasladar al teatro las conversaciones de algunas de nuestras más empingotadas mundanas causaría un verdadero escándalo y á más le dirían que falseaba la realidad.

Es también el público de Buenos Aires un público bien educado, que siempre acude bien dispuesto al teatro y no muestra nunca su desagrado en forma grosera; nada de patadas, berridos ni esas caras de indignación que aquí muestran algunos espectadores, como si se les injuriara gravemente desde el escenario. No es tampoco muy arrebatado en los entu-

siasmos, sobre todo el abono aristocrático; pero en un buen medio está la verdad, tanto como la virtud.

¿Inteligencia? La de todos los públicos. En esto hallo siempre poca diferencia. Varía el grado de sinceridad, el de atención, el de respeto, el de curiosidad; pero en todo público hay un nivel medio de inteligencia, que sólo por alguna intensa emoción puede elevarse alguna vez, más nunca *inteligentemente*.

Para el Teatro poético es como ninguno á propósito el gusto del público porteño. Las obras en verso le encantan; en verso pasa hasta por los atrevimientos.

Las obras del moderno Teatro español que prefieren son, sin duda alguna, las de los hermanos Quintero, sobre todo las de costumbres andaluzas. Aparte las muchas cualidades que las avaloran y por sí mismas las hacen dignas de esta preferencia, tienen para aquel público el encanto especial de que bastarían apenas ligeras modificaciones en el lenguaje para que *El patio*, *Las flores*, *La vida alegre*, pudieran parecer obras de costumbres argentinas.

De todas las regiones españolas, ninguna como Andalucía ha dejado allí tan honda huella. La poesía, los cantos populares, la vida provinciana, la campesina, todo es aún verdadera Andalucía.

A los hermanos Quintero les ha bastado para ser argentinos con ser tan castizamente españoles.

En resumen: que en ciudad tan cosmopolita como Buenos Aires, tan abierta á todos los aires de Europa, por donde han pasado todos los grandes artistas del mundo y donde se han representado todas las obras de más glorioso renombre, el Teatro español, sus autores y sus actores no hacen mala figura, ni mucho menos.

La mejor prueba es que los modernos autores nacionales se inspiran en las obras españolas, y los hermanos Quintero y algunos otros tienen allí imitadores muy afortunados.

La presencia del autor

Manuel Linares-Rivas, entre otros de mayor calidad, desea conocer mi opinión sobre esto de las salidas del autor á escena.

Por mi parte, y en muchas ocasiones, he procurado demostrar el movimiento andando, es decir, no saliendo á escena. Siempre me pareció ridícula esa exhibición personal, que ni á los autores de buena figura puede favorecer. La luz de las baterías presenta cadavérico el semblante de mejor color sin el artificio del colorete, y no es cosa de que los autores nos demos una manita de gato para presentarnos al público, como Napoleón III, según Zola, para revistar á su ejército antes de la batalla de Sedán.

No digamos los que no fuimos muy favorecidos por la Naturaleza qué iremos ganando con la exhibición. Destruir ilusiones.

Cuántos dirán: ¡Yo no me le figuraba así!